

—¿Verdad que es usted mía por toda la vida, Sara?—preguntó Jorge inclinando la cabeza hasta la de la criolla.

—Sí, por toda la vida—respondió en voz remisa la doncella.

—¿Y sólo podrá separarnos la muerte?

—Sólo la muerte.

—¿Me lo jura usted, Sara?

—Por la memoria de mi madre.

—Bien—dijo el mulato estremeciéndose de felicidad y de orgullo;—desde ahora es usted mi esposa, Sara, y ¡ay del que intente disputármela!

Dichas estas palabras, Jorge besó en la boca a la doncella; y temeroso sin duda de no poder domeñarse en presencia de tanto amor, juventud y hermosura, se disparó al aposento contiguo, cuya ventana, como la del pabellón, daba al obrador de carpintería, y desapareció.

En esto retumbó un trueno tan espantoso, que Sara cayó de rodillas.

Casi al punto abrióse la puerta del pabellón, y Malmedie y su hijo entraron.

## XVI

### LA PETICIÓN EN MATRIMONIO

Durante la noche cesó el huracán; pero hasta el día siguiente no pudieron apreciarse los destrozos por él causados.

Parte de los buques anclados en el puerto sufrieron gruesas averías, otros se estrellaron al chocar entre sí, y casi todos quedaron desarbolados y rasos cual pontones; además, dos o tres

garrearon y embarrancaron en la isla de los Toneleros, y uno se fué a pique en el mismo puerto, junto con su tripulación, sin que hubiese sido posible prestarle auxilio alguno.

En tierra la devastación no era menor. Contadas casas de Puerto Luis quedaron al abrigo de aquel terrible cataclismo; cubiertas casi todas ellas de tablillas, tejas o planchas de cobre u hojalata, quedaron destechadas. Únicamente las que remataban en azoteas a la índica, resistieron al empuje del huracán. Así es que, por la mañana, las calles estaban llenas de despojos, y algunos edificios sólo se sostenían sobre sus cimientos gracias a numerosos puntales. En el campo de Marte no quedó en pie ni una tribuna de las preparadas para las carreras de caballos, y dos cañones de grueso calibre puestos en batería en las inmediaciones de Río Grande, fueron vueltos en opuesta dirección por el viento.

El interior de la isla ofrecía un espectáculo no menos deplorable. Lo que faltaba cosechar, y por fortuna la cosecha casi había terminado, fué arrancado de la tierra, y acá y acullá fanegadas enteras de bosque presentaban el aspecto de los trigos achuchados por el granizo. Casi ningún árbol aislado pudo resistir al huracán, y aun los tamarindos, árboles flexibles por excelencia, fueron desgajados, cosa que, hasta entonces, tuvieran todos por imposible.

La casa de Malmedie, una de las más altas de Puerto Luis, padeció grandemente, y aún por un momento fué sacudida por manera tan violenta, que Malmedie y su hijo resolvieron buscar un refugio en el pabellón que, construido todo él de piedra, por no tener más que un solo piso y estar al abrigo de la azotea, daba evidentemente menos asidero al huracán.

Enrique pues, se entró en el aposento de su prima, y al hallarlo desierto, dióse a entender que, como él y su padre, Sara, asustada por la tempestad, había buscado un refugio en el pabellón.

En efecto, Ma'medie y su hijo hallaron allí a la doncella, pábulo de un terror que no necesitaba excusa; y como por otra parte su presencia en tal punto era muy natural, padre e hijo no sospecharon por un solo instante la causa que incitara a la criolla a salir de su cuarto; al contrario, la atribuyeron al temor que ellos mismos sintieran.

Como hemos dicho, la tempestad cesó poco antes de amanecer; pero aunque nadie había pegado los ojos en toda la noche, tampoco persona alguna se atrevió a entregarse al reposo, para verificar desde luego las pérdidas personales que tenía que soportar.

Lord Murrey recorrió, desde primera hora de la mañana, las calles de la ciudad, poniendo la guarnición a disposición de los habitantes, con lo cual desapareció aquella tarde misma parte de las huellas de la catástrofe. Además, todos y cada uno se esmeraron en devolver a la ciudad el aspecto que ofrecía la víspera, por aproximarse el día de la fiesta del Yamsé, una de las más grandes solemnidades de la isla de Francia. Ahora bien, como la mencionada fiesta, cuyo nombre es probablemente desconocido en Europa, va íntimamente unida a los acaecimientos de esta historia, no estarán de más algunas palabras preparatorias. La gran familia mahometana está dividida en dos sectas, no sólo diferentes, mas también enemigas. Una de ellas, en torno de la cual se agrupan árabes y turcos, tiene a Abú Bekre, a Omar y a Osmán por sucesores legítimos de

Mahoma; la otra, formada por los persas y los musulmanes índicos, tiene a los tres califas por usurpadores, y pretende que Alí, yerno y ministro del profeta, era el único que tenía derecho a su herencia política y religiosa. Durante las interminables guerras que se hicieron los pretendientes, Hoseín, hijo de Alí, fué alcanzado, junto a la ciudad de Kerbela, por unos soldados que Omar enviara en su persecución, y el joven príncipe y sesenta deudos suyos que lo acompañaban perecieron a filo tras defensa heroica. Este es el nefasto acaecimiento cuyo aniversario celebran anual y solemnemente los índicos mahometanos; y llaman a la fiesta Yamsé, por corrupción de los gritos: «¡Anda, Hoseín! ¡Oh, Hoseín!» que los persas repiten en coro. Por lo demás, los secuaces de Hoseín han transformado la fiesta como el nombre, entreverando en ella costumbres de sus respectivos países natales y ceremonias de su antigua religión.

Ahora bien, el lunes siguiente, día de plenilunio, era el en que los lascares, representantes en la isla de Francia de los escitas índicos, hablan de celebrar, según costumbre, el Yamsé, y dar a la colonia el espectáculo de aquella ceremonia singular, esperada aún con más curiosidad aquel año que los precedentes.

Con efecto, una circunstancia insólita había de dar a la fiesta una brillantez hasta entonces no vista. Los lascares están divididos en dos bandos: los lascares de mar y los de tierra, a los cuales se les conoce respectivamente en sus túnicas verdes o blancas. Cada bando suele celebrar la fiesta por su parte, desplegando cuanto lujo y brillo puede para eclipsar a su rival; por donde nace una emulación que degenera en disputas, y de disputas en riñas, en las que los las-

cares de mar, más pobres pero más valientes que los de tierra, se vengan con frecuencia a estacazos, cuando no a cuchilladas, de la superioridad financiera de sus adversarios; viéndose entonces la policía obligada a intervenir para evitar una lucha mortal.

Aquel año, empero, gracias a la activa intervención de un comerciante desconocido, animado indudablemente de celo religioso, los dos bandos abdicaron su antigua rivalidad y formaron un haz; de ahí que, como va dicho, cundiera el rumor de que la solemnidad sería, a la par que tranquila, más brillante que en los años anteriores.

Compréndese claramente que en una localidad donde hay tan pocas distracciones como en la isla de Francia, aquella fiesta, siempre curiosa, aun para los que la han presenciado desde su infancia, sea esperada con impaciencia, y que tres meses antes sólo se hable del *gun*, su principal ornato.

El *gun* es una como pagoda de bambúes, de tres pisos de altura, yendo de mayor a menor y cubierta de papeles de todos colores: cada uno de los pisos lo construyen en una choza distinta, cuadrada como él, y de la cual quitan una de las fachadas para sacar de ella la obra concluida; luego transportan los tres pisos a otra choza, que, por su altura, permita sobreponerlos. Allí se los sujeta con ligaduras, y se da la última mano a su conjunto y a sus pormenores. Los lacares, para conseguir un resultado digno del objeto que se proponen, a las veces van, con cuatro meses de anticipación, a buscar por toda la colonia los obreros más hábiles; indios, chinos, negros libres y esclavos son puestos a contribución, y todos cobran su jornal, menos los últimos, que lo cobran sus amos por ellos.

En medio de las pérdidas individuales que cada

uno tenía que deplorar, recibióse pues con general regocijo la noticia de que la cabaña donde estaba el *gun*, ya completamente concluido, por estar al abrigo del entronque de la montaña del Pulgar, no había padecido menoscabo. Nada pues faltaría aquel año en la fiesta, a la que y en señal de feliz llegada, lord Murrey agregó carreras de caballos de las cuales, en su generosidad aristocrática, se reservaba dar los premios, con la condición de que los dueños de los caballos tomaran parte personal en las carreras, como suele hacerse en Inglaterra.

Como se ve, todo concurría a que la esperada fiesta borrara pronto el disgusto recién pasado. Así pues, al subsiguiente día del huracán, los preparativos de aquella empezaron a suceder a las preocupaciones de la catástrofe.

Unicamente Sara, contra su costumbre, absorta en pensamientos desconocidos de los que la rodeaban, parecía no tomar interés alguno en una solemnidad que, los años precedentes, había despertado grandemente su coquetería infantil.

Con efecto, la aristocracia de la isla de Francia acostumbraba asistir en peso a las carreras y al Yamsé, bien en tribunas construídas ex profeso, ya en calesas, lo cual era, en ambos casos, ocasión para que las bellas criollas de Puerto Luis luciesen su faustuosa elegancia.

Había pues derecho a admirarse de que Sara, en el ánimo de quien el anuncio de un baile o de cualquiera otro espectáculo solía impresionar tan vivamente, permaneciese ahora extraña a lo que iba a pasar. Aun Enriqueta, su aya, que leía en el alma de la doncella como en abierto libro, no volvía de su asombro.

Y aquí viene de molde decir que Enriqueta, de

la cual, en medio de los graves acaecimientos que hemos narrado, no se nos ha presentado ocasión de señalar su regreso a Puerto Luis, había tenido tanto miedo durante la noche del huracán, que, aunque no todavía rehecha de su emoción precedente, en cuanto hubo cesado la tempestad partió de Río Negro, y llegó durante el día a Puerto Luis. Enriqueta se había pues reunido la antevíspera a su discípula, cuya insólita preocupación empezaba, como hemos dicho, a inquietarla de veras.

En verdad, la existencia de Sara había cambiado notablemente en tres días: la primera vez que viera a Jorge, la imagen, el porte y aun la voz del gallardo mozo quedaron grabados en su mente, y entonces y lanzando involuntariamente un suspiro, pensó en su futura boda con Enrique, boda a la que, hacía diez años diera su consentimiento tácito, por no haber nunca sospechado que podían presentarse circunstancias que convertirían aquella boda en una obligación imposible de cumplir. Finalmente, y como hemos visto, llegó un momento en que tal temor no sólo se convirtió en convicción, pero también en que ella se comprometió solemnemente con Jorge a no pertenecer en su vida más que a él. La situación era para incitar grandemente a la reflexión a una doncella de diez y seis años, y hacerle mirar desde un punto de vista menos importante que no lo viera aún, todas las fiestas y placeres que, hasta entonces, había tenido ella por los acaecimientos más notables de su vida.

De cinco o seis días a aquella parte tampoco Malmedie y su hijo estaban libres de preocupación: el haberse Sara negado a bailar con otro desde el momento que no pudo hacerlo con Jorge, el haberse retirado del baile apenas empeza-

do, cuando solía no retirarse hasta el final de él, su obstinado silencio cuantas veces su tío o su primo hablaban de la futura boda, para ellos no era natural; ambos resolvieron, pues, hacer los preparativos de la boda y no decir nada a la doncella hasta que todo estuviese preparado. Y esto era tanto más sencillo, cuanto nunca se había fijado el día del matrimonio, y cuanto Sara acababa de cumplir los diez y seis, esto es, estaba en edad de satisfacer las constantes miras de Malmedie respecto de ella.

Todas aquellas preocupaciones particulares formaban una preocupación general que de tres o cuatro días a aquella parte hacía frías y molestas las reuniones que celebraban los diferentes personajes que habitaban en la casa de Malmedie, reuniones que se efectuaban cuatro veces al día: por la mañana, en la hora del almuerzo; a las dos de la tarde, para la comida; a las cinco para tomar el té, y a las nueve de la noche para la cena.

Hacía tres días que Sara, mediante la venia de su tío, almorzaba en su cuarto, lo cual era para ella un engorro menos; pero no podía evitar el reunirse con los demás durante la comida, el te y la cena, sino alegando estar enferma, lo cual no podía tener un resultado duradero. Sara resolvió pues tomar las cosas cual se presentaban, y bajó al comedor a las horas de costumbre.

Al subsiguiente día del huracán, y a eso de las cinco de la tarde, Sara estaba pues en el gran salón de familia, bordando junto a una ventana, lo cual le daba ocasión de no levantar los ojos, mientras Enriqueta hacía el te con toda la atención que las damas inglesas acostumbran poner en ocupación de tanta monta, y Malmedie y su hijo, en pie ante la chimenea, hablaban en voz baja, cuando de improviso se abrió la puerta, y Bijou anunció a lord Murrey y a Jorge.

Huelga decir que a este doble anuncio cada uno de los presentes recibió una impresión distinta. Los Malmedie, creyendo haber oído mal, hicieron repetir los dos nombres; Sara, ruborizada, clavó los ojos en su labor, y Enriqueta, que acababa de abrir la espita de la tetera, quedó tan cortada, que, ocupada en mirar sucesivamente a Malmedie, a Enrique, a Sara y a Bijou, dejó rebosar el agua hirviente, que se desparramó sobre la mesa y de la mesa cayó al suelo.

Bijou repitió los dos nombres, sonriéndose cuan graciosamente pudo.

Malmedie y su hijo se miraron uno a otro con asombro creciente; pero conociendo que aquella situación no podía prolongarse, el primero dijo al esclavo:

—Que entren.

Lord Murrey y Jorge entraron, vestidos ambos de rigurosa etiqueta, lo cual indicaba una visita de ceremonia.

Malmedie salió al encuentro de los recién venidos, y Sara se levantó hecha una amapola, saludó tímidamente con la cabeza y volvió a sentarse, o por mejor decir se desplomó en su silla. En cuanto a Enriqueta, al advertir su atolondramiento, cerró la espita.

A una seña de su amo, Bijou acercó dos sillones; pero Jorge se inclinó haciendo seña de que permanecería en pie.

—Caballero—dijo el gobernador a Malmedie,—el señor Jorge Munier, aquí presente, hame rogado que lo acompañase a esta casa, y apoyase con mi presencia la petición que va a dirigir a usted. Como desearía sinceramente que usted accediese a su petición, he creído de mi deber no negarme a dar este paso que, por otra parte, me procura la satisfacción de ver a ustedes.

Dichas estas palabras, lord Murrey hizo una mesura con la cabeza, a la que correspondieron padre e hijo.

—Como obligados que somos del señor Jorge Munier—contestó Malmedie el viejo,—nos placearía grandemente serle útiles en algo.

—Si en eso quiere usted aludir a la dicha que tuve de salvar a la señorita Sara del peligro en que se hallaba—profirió Jorge,—permítame usted que le diga que toda la gratitud es de mí a Dios, que me condujo a aquel sitio para hacer lo que cualquiera habría hecho.—Y sonriéndose añadió:—Por otra parte, va usted a ver que mi conducta en tales circunstancias, no estaba exenta de egoísmo.

—Usted dispense—repuso Enrique,—pero no le comprendo.

—No será larga la duda de usted, caballero—replicó Jorge;—voy a explicarme claramente.

—Diga usted, caballero.

—¿Me retiro, tío?—preguntó Sara.

—Como yo me atreviese a esperar que una súplica mía influyese en usted, señorita—profirió Jorge ladeándose hacia la doncella e inclinándose, le rogaría que se quedase.

Sara sentóse de nuevo, y Malmedie, tras breve espacio de silencio, hizo una señal como indicando que esperaba.

—Caballero—repuso Jorge en voz del todo firme,—usted sabe quien soy, quien es mi familia, y la fortuna que poseo, hoy no inferior a cuatrocientos mil duros. Y usted perdone que descienda a estas menudencias, a mi ver indispensables.

—Sin embargo—replicó Enrique,—en vano busco en qué pueden ellas interesarnos.

—Por eso no hablo precisamente con usted—contestó Jorge con su inalterable calma, mientras

Enrique mostraba una impaciencia visible,—sino con su señor padre.

—Permítame usted que le diga que tampoco veo la necesidad de que mi padre se entere de tales pormenores.

—Va usted a comprenderla—repuso Jorge con frialdad.—Y mirando de hito en hito a Malmedie, añadió:—Vengo a pedir a usted la mano de la señorita Sara.

—¿Para quién?—preguntó Malmedie.

—Para mí, caballero—respondió Jorge.

—¡Para usted!—exclamó Enrique haciendo un ademán y refrenándose al punto ante una terrible mirada del joven mulato.

Sara palideció.

—¿Para usted?—preguntó Malmedie.

—Para mí, caballero—respondió Jorge inclinándose.

—¿Por ventura no sabe usted que mi sobrina está destinada a mi hijo?—exclamó Malmedie.

—¿Por quién?—preguntó el joven mulato.

—¡Por quién! ¡Por quién!... ¡Toma! por mí—respondió Malmedie.

—La señorita Sara no es hija de usted, sino sobrina, y por tanto sólo debe a usted una obediencia relativa.

—¿Quiere que le hable con franqueza, caballero?—articuló Malmedie,—pues esta discusión me parece más que singular.

—Al contrario—replicó Jorge,—no puede ser más natural; amo a la señorita Sara; tengo para mí que soy el llamado a labrar su felicidad, y a la vez que a un anhelo de mi corazón, obedezco a un deber de mi conciencia.

—¡Pero mi prima no ama a usted!—exclamó Enrique dando rienda a su impetuosidad ingénita.

—Se engaña usted—replicó Jorge,—y estoy au-

torizado por ella para decir que si la amo soy correspondido.

—¡Imposible!—exclamó Malmedie.

—Se equivoca usted, tío—profirió Sara levantándose;—el caballero ha dicho la verdad.

—¡Cómo, prima mía! ¿te atreves...?—exclamó Enrique dirigiéndose a la joven con gesto de amenaza.

Jorge hizo un movimiento, pero lord Murrey lo detuvo.

—Repito—profirió Sara respondiendo con una mirada de supremo desdén al ademán de su primo,—lo que dije al caballero Jorge: suya es la vida que me salvó, y no perteneceré a nadie más que a él.

Tras estas palabras, la doncella hizo un gesto lleno de gracia y de dignidad, y con ademán de reina tendió la mano a Jorge, que se la besó.

—¡Ah! ¡Esto es excesivo!—exclamó Enrique levantando un junquillo que tenía en la mano.

Pero así como lord Murrey había detenido a Jorge, ahora detuvo a Enrique.

El joven mulato se limitó a lanzar una sonrisa de desdén a Malmedie y a su hijo, y, conduciendo a Sara hasta la puerta, se inclinó ante aquélla, que después de corresponder al saludo de su amado hizo una seña a Enriqueta de que la siguiese.

Fuera de la estancia la doncella, Jorge se acercó nuevamente a Malmedie, y le dijo:

—Ya ha visto usted lo que ha pasado, caballero, por tanto no puede usted dudar del afecto de la señorita Sara respecto de mí. Ruego a usted pues que me dé una contestación categórica a la petición que tengo el honor de dirigirle.

—¡Una contestación!—exclamó Malmedie;— ¡una contestación! ¿Y usted tiene la audacia

de creer que voy a darle otra que la que usted se merece?

—Atienda usted que no se la dicto, caballero—repuso Jorge;—lo único que le pido es que me dé una.

—Supongo que no espera usted más que una negativa—profirió Enrique.

—No interrogo a usted, sino a su señor padre—replicó Jorge;—deje usted que él responda, y luego hablaremos usted y yo de nuestros asuntos particulares.

—Ya usted comprende que me niego en redondo—contestó Malmedie.

—Está muy bien—articuló el mulato,—ya yo esperaba esta respuesta; pero el bien parecer me ordenaba dar este paso, y lo he dado.

Jorge saludó a Malmedie con la misma cortesía y el mismo desembarazo que si no hubiese pasado cosa alguna, y, volviéndose hacia Enrique, profirió:

—Ahora, caballero, vamos a entendernos los dos, si le place. Recuerde usted que esta es la segunda vez que, a catorce años de distancia, levanta usted la mano sobre mí.

Y apartando con los dedos sus cabellos y mostrando la cicatriz que le surcaba la frente, prosiguió:

—La primera vez con un sable, y ahora con ese junquillo.

—¿Y bien?—exclamó Enrique.

—Pido a usted una satisfacción por esos dos insultos, y como me consta que es usted valiente, espero que contestará como hombre al llamamiento que hago a su valor.

—Pláceme que usted sepa que soy valiente, por más que la opinión de usted sobre el particular me tenga sin cuidado—contestó Enrique con

zumba;—sin embargo me pone a mis anchas para decir a usted que su segunda petición está a lo menos tan fuera de lugar como la primera. No me peleo con un mulato.

—¿Es esta su contestación definitiva?—preguntó Jorge, espantosamente pálido, pero sonriéndose con expresión inefable.

—Sí, señor—dijo Enrique.

—Muy bien—articuló Jorge;—ya sé lo que me toca hacer.

El mulato saludó a Enrique y a su padre, y se salió seguido del gobernador.

—¿No se lo predije a usted?—profirió lord Murrey al llegar a la puerta.

—Nada me predijo usted que yo no lo supiera de antemano, milord—contestó Jorge;—pero torné a esta isla para cumplir un designio, y fuerza es que vaya hasta el fin. Tengo que combatir una preocupación, milord, y o él me matará a mí, o yo lo mataré a él. Entretanto doy a usted las más encarecidas gracias, milord.

Jorge hizo una mesura con la cabeza, apretó la mano al gobernador, y atravesó el jardín de la Compañía, mientras lord Murrey, que lo siguió con la mirada hasta que hubo traspuesto la esquina de la calle de la Rampa, decía para sí:

—Ahí un hombre que camina en derechura a su perdición; es una lástima, pues en su corazón hay algo grande.